



# Un día en la **GUERRA**

Miguel Rodríguez Echeandía



Primera edición: 2019

©Miguel Rodríguez Echeandía

Diseño de portada:

©María Rodríguez Echeandía, 2019

[www.mrecheandia.es](http://www.mrecheandia.es)

## AVISO AL LECTOR

El origen de un día en la guerra fue una serie de artículos para publicar en la web personal del autor, siendo más tarde revisados y unificados para dar lugar a esta novela. Al estar los artículos ya publicados, este es un libro de descarga gratuita que puedes compartir y enviar a quien quieras. Por ello, si has visto que en internet hay algún portal que lo venda a cualquier precio por favor ponte en contacto con el autor para que pueda tomar las acciones pertinentes.

Muchas gracias y disfruta de la lectura.

El ajedrez es semejante a la vida.

Miguel de Cervantes, escritor.

Duelo de voluntades, esgrima del intelecto, sublimación espléndida de la sed guerrera del hombre, transformada en lúdica lid, en juego de apariencia engañosamente inofensiva.

Jacques Sagot, músico y escritor.

# Capítulo I

*«La acumulación de pequeñas ventajas lleva a una supremacía considerable.»*

Wilhelm Steinitz

La sacudida trae de vuelta el frío que hiela la sangre, el cansancio pinchando mis músculos y el miedo con el que vivo desde ayer. Trae de vuelta la tierra bajo las uñas y los gritos lejanos de los hombres muertos. Trae de vuelta la guerra.

El que me ha zarandeado para despertarme me da otro empujón asegurándose de que no vuelvo a caer en los brazos de Morfeo, y tras indicarme con un gesto que no haga ruido desaparece de mi vista. A mi alrededor mis compañeros tienen la misma cara que debo tener yo: una mezcla de sueño, sorpresa e intranquilidad, pues levantarnos cuando apenas despunta el alba no es lo normal. Afortunadamente el suelo no vibra ni se oyen voces llamando a filas, y eso es bueno. Eso es que no nos atacan.

La batalla comenzó ayer, con los primeros movimientos de nuestro ejército hechos a ciegas debido a que el enemigo nos pilló por sorpresa. Tras un intento de flanqueo logramos asentar nuestra posición en una línea ordenada, con las ocho compañías de piqueros al frente, la caballería pesada en los laterales, arqueros y caballería ligera cercanos al centro y los arcabuceros a caballo algo retrasados junto con el cuartel de campaña. Estábamos al descubierto y las fuerzas rivales, al norte de nuestra posición, contaban con un bosquecillo para guarecerse, así como un cerro que lleva a un altozano en el que desplegar arqueros antes de cargar contra nosotros. Por eso nuestro mariscal dispuso la formación que acabo de mencionar, abriendo el campo todo lo posible ante la evidente desventaja. Luego iniciamos el avance hacia territorio enemigo, y mi compañía fue designada como punta de lanza en tan difícil misión.

Por si alguien se lo pregunta diré que tan solo soy un soldado más, dentro de una compañía más, dentro de una guerra más. Como yo, los que aquí estamos nos damos por satisfechos con llegar vivos al final del día. Creo que no son necesarios más detalles, por lo que ruego que nadie me tenga por maleducado o descortés si dejo alguna duda sin responder respecto a mi persona.

Salir vivo... eso es lo único importante. Y ya en el día de ayer estuvimos cerca de caer nada más comenzar la batalla. No en vano fuimos nosotros los primeros en avanzar hacia la masa de árboles que sabíamos escondía a nuestros enemigos. Yo pisaba fuerte en cada zancada para evitar que me temblasen las piernas, apretando la pica entre mis manos hasta que los nudillos palidecían en un infructuoso intento de aparentar arrojo y valentía ante mis camaradas. Nuestro flanco izquierdo estaba cubierto por otra compañía de piqueros que a una distancia prudencial avanzaba casi a nuestra par. Los cascos de los caballos de la caballería ligera resonaban a nuestra espalda apoyando nuestro caminar, con el sol centelleando ferozmente en armas y armaduras, cascos y espadas, todos dispuestos para la batalla.

Nuestras instrucciones eran claras: llegar a la linde del bosque sin importar lo que ocurriese, directos en línea recta hasta tomar una posición suficientemente buena como para defenderla y esperar instrucciones. El enemigo debió adivinar nuestra estrategia, ya que dos pelotones de infantería aparecieron entre los árboles a nuestra izquierda, uno apostado entre la foresta frente a

la unidad que teníamos en el flanco izquierdo y el otro, más osado, saliendo a nuestro encuentro desde el oeste. Egoístamente respiramos aliviados al ver que nuestros compañeros aguantaron el primer envite siendo apoyados rápidamente por la caballería ligera. Nosotros, en cambio, seguimos hasta los árboles tal y como nos habían ordenado, y una vez allí nuestro capitán mandó dar el alto desplegándonos en formación defensiva.

Todavía no sé muy bien qué pensar de esta estrategia. A nuestra espalda los piqueros enemigos cayeron frente a la carga de la caballería ligera. Cuando por fin el combate terminó –lo que arrancó un rugido de júbilo de nuestra compañía– la columna se situó en perfecta sincronía en nuestro flanco izquierdo, dándonos cierta tranquilidad por si nuevas fuerzas salían del bosque para intentar rodearnos. Sin órdenes y a pesar de estar colocados en el punto más peligroso de toda la contienda, decidimos esperar mientras el resto de nuestro ejército avanzaba hacia nuestra posición.

No es que tenga yo experiencia en asuntos bélicos pues al fin y al cabo soy joven aún, pero por lo poco que llevo guerreando he comprobado que las batallas son considerablemente más largas de lo que a priori se puede imaginar. Días puede tardar en salir vencedor un ejército, y más cuando, como en este caso que ahora narro, uno de los contendientes puede jugar al escondite todo lo que quiera gracias a la ventaja orográfica. Si el general enemigo es inteligente nos dejará correr el riesgo de avanzar a ciegas antes de poner sus tropas en marcha.

Las horas pasaban y nosotros no dejábamos de mirar con recelo la aparente calma del bosque, temiendo que en cualquier momento el verde se tornase negro –el color de los estandartes de nuestros rivales– y una descarga de flechas o el estruendoso trote de la caballería pesada nos dejase secos en el sitio. Sin embargo no parecía ser eso lo que el enemigo nos tenía reservado, y cuando la tarde avanzaba y las sombras iban alargándose un pelotón de nuestros arqueros nos dejó atrás adentrándose entre los gruesos troncos hacia el este. A nuestras espaldas vimos desplegarse a lo lejos una unidad de caballería pesada junto al cuartel general, y algo más cerca la unidad de arcabuceros montados. Todo un seguro para nuestra retaguardia.

Recuerdo el susto al escuchar cómo nuestros arqueros abandonaban el bosque repelidos por una unidad de infantería, y en vista de que ya estaba próxima la noche decidían apostarse lejos de nosotros abriendo todavía más el campo hacia el este. Cuando pensábamos que ya no habría más movimientos en todo el día nos volvieron a elegir a nosotros para avanzar: respirando hondo y con la espada en la mano cambiamos el duro suelo de tierra por las raíces y musgo del bosque. La idea tenía sentido, pues hacernos fuertes en territorio rival había sido el objetivo de toda la jornada, pero decirle eso a cien exhaustos soldados rodeados de decenas de árboles que parecían enemigos dispuestos a matarlos era otra historia. Afortunadamente seguíamos teniendo la providencia de nuestra parte y, contra todo pronóstico, conseguimos llegar al otro lado del macizo arbolado sin mayores problemas. Desde allí pudimos ver las luces de los campamentos frente a nosotros, y a la derecha un cerro que amenazaba con escupir un ejército entero con las primeras luces del día.

Satisfecho nuestro capitán, ordenó defender la posición sin hacer ruido ni encender fogatas, y mandó un batidor al cuartel de campaña para informar a nuestro mariscal. Como pudimos improvisamos una fortificación a nuestro alrededor y tras echar a suertes los turnos de guardia intentamos dormir.

Ahora, aprovechando la oscuridad previa al amanecer, nos preparamos para abandonar la posición y adelantarnos al posible ataque desde el cerro que vimos el día anterior cargando loma arriba. Esto es un suicidio.

## Capítulo II

*«Quien no asume un riesgo nunca ganará una partida.»*

Paul Keres

Silencio. Todo cuanto sea posible. Que no den la alarma.

Con un poco de suerte nadie nos verá hasta que hayamos ascendido buena parte de la loma, aunque podemos encontrarnos con una columna de infantería ladera abajo en cualquier momento ya que lo de atacar con las primeras luces del día no es una estrategia novedosa precisamente. También puede ser que nos estén observando desde lo alto, viéndonos como quien atisba un grupo de árboles desgajándose del bosque, oscuros en un intento de pillar por sorpresa al rival. Nos trae sin cuidado: nada podemos hacer al respecto pues caminamos por campo abierto medio agachados y armados únicamente con espadas y dagas. El capitán ha dividido la compañía en dos, con un grupo de ochenta lanzando el ataque mientras el resto espera con las picas y demás equipo para hacernos más ligera la subida. Huelga decir en qué grupo me ha tocado formar a mí.

Al oeste, lejos pero suficientemente cerca como para que un vigía con buena vista nos vea, las dos compañías de piqueros enemigos se recortan entre la oscuridad como sombras entre las sombras, moribundas en la fresca mañana. Me río sólo de pensarlo: lo único moribundo que hay en todo el campo de batalla somos nosotros. Nosotros y nuestro andar cauteloso. Nosotros y las miradas de odio sobre el hombro cuando tintinea el metal en el cinto de un camarada. Nosotros y el castañeteo de los dientes al sufrir el relente mezclado con el miedo. Nosotros y la madre que nos parió.

Un suspiro de alivio se escapa de más de una boca al llegar al principio de la cuesta, pies seguros sobre la arenilla y ninguna voz de alarma todavía. El capitán va al frente y, sacando un chisquero, da la señal a la retaguardia para que avancen hacia nuestra posición con el resto del equipo. Dos chispazos en el aire bien cobijados por tres subalternos son respondidos por un breve fognazo en el bosque. Todo va bien.

Soy un soldado, pienso mientras reanudamos la marcha cerro arriba. Soy un soldado y cumplo mi deber como tal. No sabemos qué nos vamos a encontrar allí arriba, pero dada la privilegiada posición de la loma seguramente tendremos una recepción animada. Soy un soldado. A mitad de la cuesta me doy cuenta de que ya puedo ver mis manos sin dificultad, y que las caras de mis compañeros son reconocibles a dos o tres pasos de distancia. Unos ojos asustados allí, la barba cerrada y fiera detrás, un cuello tenso protegido por hombros poderosos que dejan caer largos brazos rematados en filo... Fantasmas del alba que buscan cumplir con su destino antes de pasar al otro mundo. Sólo unos pasos más y descubriremos qué destino será ese.

¡Ahora!, sisea nuestro capitán lanzándose a la carrera en los últimos metros del repecho, con nosotros corriendo tras él haciendo temblar la tierra. El efecto sorpresa es nuestra única baza para alcanzar nuestro objetivo, y la providencia no suele ser benévola con aquellos que no aprovechan sus oportunidades. Una vez arriba la formación se abre permitiéndome ver los ojos muy abiertos del centinela enemigo que, a menos de veinte pasos de nosotros, no se puede creer lo que se le viene encima. Echando mano a su sable comienza a caminar hacia atrás gritando un montón de

cosas ininteligibles que se quedan en su garganta tan pronto como uno de los nuestros llega a su altura. De un violento tajo le arranca la mandíbula dejándosela colgando sin molestarse en rematarlo. De eso nos encargamos nosotros, los primeros acuchillándole con las espadas y los últimos simplemente pisando el cadáver lleno de polvo blancuzco que brilla trémulo con el rubor del amanecer.

Sin embargo aquel hombre, ahora exangüe, ha logrado su objetivo: frente a nosotros despierta arma en mano una columna entera de caballería ligera; o nos damos prisa o nos damos por muertos.

En esta suerte de encamisada no hay tiempo para formaciones ni disciplinas. La única regla es atacar antes de que la guarnición enemiga consiga formar –una carga de caballería mandaría nuestra arremetida al traste–, degollando hombres o rocines, cualquier cosa vale. Por eso sigo corriendo entre todos mis compañeros, que ya llegan a las tiendas de campaña en las que empiezan a aparecer los primeros salpicones de sangre. En ese momento me doy cuenta de que en la parte norte del campamento están las monturas atadas a varios postes. Tenemos que llegar hasta allí. Haciendo una seña a varios compinches nos ponemos en marcha rodeando la locura que ha dominado la explanada en un intento de hacer una pinza que deje totalmente cercados a nuestros enemigos. Por el camino quedan algunos cadáveres de soldados que intentan huir, reduciendo aún más las fuerzas rivales. Puede que tengamos una posibilidad.

Grabado en mi memoria estará para siempre el tajo que suelto a las tripas de un caballo pardo que se encabrita al verme aparecer de la nada justo a su lado, con su relincho de muerte silenciado al tiempo que los intestinos le caen entre las patas. Después todo se vuelve una marabunta de espadaos recibiendo a los hombres que llegan hasta allí, todos a medio vestir con sus sables en la mano, demasiado aturcidos como para oponer una resistencia suficientemente sólida a nuestro repentino avance. El efecto sorpresa, no obstante, es sólo eso. Una ilusión momentánea, breve y como tal pasajera, que nos lleva a estar rápidamente rodeados de enemigos que, ya repuestos del susto inicial, nos miran fieros ante el círculo de camaradas heridos o muertos que hay a nuestro alrededor. Los chillidos de hombres y animales anuncian la llegada del nuevo día, que ya chispea en el este permitiéndonos ver con claridad la peligrosa situación en la que nos hemos metido. Pronto el combate mutará de sablazos en carrera a enfrentamientos cuerpo a cuerpo, con las dagas refulgiendo al clavarse entre las costillas mientras se da vueltas por el suelo.

Me queman los pulmones, las articulaciones me duelen y noto un sabor metálico en la boca. Tengo el uniforme lleno de polvo y con desgarrones entre los que escuecen heridas –afortunadamente simples arañazos de revolcarme y caerme varias veces–. Mis armas brillan arreboladas y no precisamente debido el sol de madrugada, con mis manos resbalosas manchadas de la sangre que empapa los antebrazos de mi camisa. No quiero ni pensar el aspecto que tengo y todavía quedan más. Me levanto del suelo tras el último envite y veo enemigos de pie, huyendo del ataque frontal que el resto de mi compañía mantiene en la parte sur para encontrarse con nosotros peleando a brazo partido. Cada vez aparecen menos, y los aullidos que vienen del campamento suenan más cerca trayendo con ellos un pendón blanco, el nuestro, como avanzadilla del ataque. Parece que vamos a salir de esta.

En el momento en el que veo cómo abaten al último de los enemigos dejo caer los hombros. Tengo las manos agarrotadas por lo que intento así liberar la tensión que acumulo en todos mis músculos. La mandíbula me duele de tanto apretarla. Y justo en ese instante un golpe me derriba entre dos cadáveres, viendo cómo un hombre armado con una espada la alza sobre su cabeza dispuesto a ensartarme en el suelo. Sabe que ha perdido, que aunque siga vivo en realidad está



muerto, pero eso le da igual. Se irá de este mundo luchando hasta el final. La sangre se me hiela y abro mucho los ojos, encogiéndome en un vano intento de evitar una estocada que sé que es imparable. Y sin embargo el que grita es el otro. Con un desagradable sonido de ropa rasgada la punta de una pica aparece en su pecho dejándole clavado en el sitio con un gesto de incredulidad en el rostro, al tiempo que los brazos le fallan abandonando su hierro mientras exhala su último aliento. Detrás, mi capitán sostiene firme el largo mango del arma que me ha salvado la vida, soltándolo únicamente cuando está seguro de que no queda ningún soldado rival en el campamento.

Recuperado el aliento me levanto, tragando la espesa saliva mezclada con sangre que mana de algún lugar de mi boca. Con una mirada el capitán se asegura de que estoy bien y tras asentir desaparece de mi vista perdiéndose entre la soldadesca. El silencio ha regresado a lo alto de la loma, donde ochenta y dos camaradas recogemos nuestros equipos y reconocemos la zona. La batalla sigue su curso y en cualquier momento podemos sufrir la misma suerte que los cadáveres que ahora amontonamos los unos junto a los otros para dejar el paso libre. Creo recordar que hoy es mi cumpleaños, pero no puedo asegurarlo.

## Capítulo III

*«El buen jugador siempre tiene suerte.»*

José Raúl Capablanca

Ya hemos limpiado la loma.

Tras la batalla el capitán ha ordenado reconocer el terreno, apartar los cadáveres y dar sepultura a nuestros caídos. Dieciocho compañeros muertos por toda la unidad de caballería ligera; balance positivo pero aun así un precio demasiado alto por tomar el cerro. A nuestro alrededor el terreno parece más escarpado de lo que podíamos imaginar, con una fuerte pendiente en el lado oeste, mucho más pronunciada que la ladera por la que lanzamos nuestro ataque. La falda este, en la que el sol ya gana fuerza, es un barranco de afiladas piedras que nos ofrece una defensa infranqueable ante el posible avance enemigo, y el lado norte se bifurca en dos senderos que ascienden montículo arriba ocultando a nuestra vista cualquier ofensiva rival. Por ello hemos improvisado una empalizada de palos y piedras sacados de los restos del campamento. Si bien no creo que aguante mucho, seguro que sirve para que se lo piensen dos veces antes de asaltar nuestra posición.

Mi ocupación ahora mismo es la de vigía en la esquina suroeste del cerro, disfrutando en un solo golpe de vista tanto de la línea oeste de batalla –con las dos amenazantes compañías de piqueros esperando órdenes– como del bosque y el resto de nuestras fuerzas un poco más allá. Volvemos a estar situados en territorio hostil, desligados de nuestro ejército en esa continua marcha en pos de arrebatarse lugares estratégicos de manos del enemigo. Al menos de momento vamos bien.

A lo lejos veo dos columnas de caballería ligera maniobrando al otro lado del macizo verdoso y a nuestros arcabuceros montados en formación, dispuestos a soltar una andanada mortal a la menor provocación. Sin embargo lo que llama mi atención no es la disposición de nuestros hombres, sino un sospechoso movimiento en medio de los árboles, justo en el lugar que nosotros ocupábamos hacía unas horas. Tiene sentido que otros avancen para cubrir nuestra retaguardia, incluso para apoyarnos en la defensa de nuestra posición, que estratégicamente hablando es la mejor de nuestra tropa. Pero si el movimiento es enemigo puede que tengamos un problema. Aviso a mi capitán y espero mientras dos líneas de piqueros toman posiciones cubriendo el repecho sur. Por si acaso.

Y entonces ocurre. De la linde sur del bosque, la más cercana a nuestro ejército, una nube de flechas despegando alzóse en el cielo seguida por otra andanada que pugna por subir más alto aún que la anterior. ¿El objetivo? La unidad de arcabuceros a caballo, que en perfecta formación y a la espera de instrucciones ve cómo el cielo se oscurece sobre sus cabezas y de pronto se deshace en mil puntas de acero que les atraviesan dejando a los pocos que han podido reaccionar huyendo en desbandada. Toda la columna ha quedado reducida a un amorfo grupo de hombres y bestias clavadas en el polvoriento suelo. Nuestra mejor unidad al traste. No quiero ni imaginar la cara que debe de habersele quedado a nuestro mariscal.

Miro incrédulo a mi capitán. ¿Cómo es posible que hayan conseguido colarse entre nuestras líneas hasta tener a tiro a los arcabuceros? Él me devuelve la mirada socarrón, y no hace falta que abra la boca para que le entienda. Echándole un par, parecen decirme sus pupilas; y con un poco de suerte. Como nosotros al asaltar el cerro al alba. Después decide partir nuestra unidad en tres para mantener una línea defensiva fija en cada uno de los accesos a la loma: dos líneas de hombres en la bajada sur, otras dos en la oeste –esos piqueros enemigos tienen mucho peligro– y otra en la empalizada norte, bien cobijada por escudos para evitar que una inesperada descarga la convierta en otro montón de cadáveres clavados en la roca. Justamente en el instante en el que termino de situar mi pica orientada colina abajo vuelve a haber movimiento en nuestra retaguardia. Esta vez son nuestros arqueros, que estudiando la posición del enemigo han conseguido destrozar la unidad que ha acabado con los arcabuceros. Echo un último vistazo a los muertos en el campo de batalla, a sus corazas brillantes en charcos de sangre, a los rocines moribundos rematados por lacayos que ya recogen los cuerpos de sus señores... en definitiva a lo que nos espera.

Apretando de nuevo mi pica entre las manos la dejo en el suelo, a mi lado en la formación, y me sacudo el polvo del uniforme. No sé para qué, pero lo hago. Soy un soldado, me vuelvo a repetir cuando veo los desgarrones en las ropas y las heridas bajo ellas. Reviso, imitando a otros compañeros más experimentados, la espada y la daga, y descubro que ambas están melladas tras la lucha para tomar el cerro. Cogiendo la piedra de afilar intento reparar el destrozo y bebo un trago de agua, pues en cualquier momento podemos encontrarnos otra vez con el enemigo encima o recibir órdenes de seguir ascendiendo camino arriba. Miro al cielo y el sol parece no haberse movido demasiado desde el amanecer. Va a ser un día largo.

Me siento en un pedrusco sin abandonar la formación y escucho al otro lado de la colina voces de hombres y el bufar de los rocines. Al principio me sobresalto, pero escuchar gritos en garganta ajena indica que el ataque no va contra nosotros. Los compañeros del repecho oeste cuentan lo que ocurre y nosotros estallamos en vivas: nuestra caballería ligera ha barrido la unidad de piqueros más cercana a nosotros, apuntalando el avance de nuestro ejército y de paso cubriendo nuestro flanco. Supongo que algún joven soldado enemigo se estará preguntando cómo una carga ha logrado sorprender a una unidad de piqueros en formación defensiva. Y también supongo que un viejo capitán le mirará socarrón y, sin mediar palabra, le explicará todo con un sencillo gesto. Echándole un par y con un poco de suerte.

## Capítulo IV

*«Una posición aplastante en el centro da derecho a atacar en un ala.»*

Aron Nimzowitsch

La alegría dura poco en el campo de batalla. En la vida tampoco dura mucho, pero en la guerra todo pasa más rápido. Muchas cosas, todas a la vez, en un carrusel de emociones mientras esquivas la tumba. Justo lo que no han podido hacer nuestros compañeros de caballería, que sin resuello tras haber logrado abatir a la unidad de infantería de nuestro flanco están siendo masacrados por otra compañía de piqueros que han aparecido de Dios sabe dónde. Miramos a nuestro capitán esperando la orden de acudir en su ayuda pero el gesto de nuestro líder es claro. Una mezcla de desprecio y hastío cruza su rostro mientras aparta la vista como harto de tanta muerte sin sentido. Nosotros a lo nuestro, parece decir. A mantener la posición y a esperar órdenes. No somos los niños bonitos de la caballería, somos simples soldados que no importamos a nadie y si no nos cubrimos la espalda nosotros mismos nadie lo hará. No le falta razón pero ya van dos columnas montadas que caen mientras que los rivales solamente han perdido una: la que de madrugada y arriesgando el pellejo hemos empalado en el cerro que ocupamos ahora.

Mantened posiciones, no flaqueéis, grita el capitán sobre el barullo de la batalla. Su voz se mezcla con los chasquidos de las picas al partirse, los relinchos de los caballos al chocar contra el suelo y el cruento berrido gutural de los hombres al morir. Trago saliva y rechino los dientes intentando apartar la vista de lo poco que puedo ver desde el sur de la loma, pero no puedo dejar de mirar. El espectáculo es morbosamente fascinante.

Con el tiempo los trotes se van apagando, el polvo abandona el aire y blanquea los cadáveres y los estandartes pisoteados, y algunos piqueros enemigos nos señalan amenazantes zarandeando nuestros maltratados pendones sucios de sangre y tierra. Vosotros sois los siguientes, gritan. Es una bravuconada más, una treta para sacarnos de quicio y forzarnos a cometer una estupidez, pero afortunadamente mis compañeros son todos hombres cabales. Tienen suficientes batallas en la memoria y cicatrices en el cuerpo, y pese a que estamos deseando degollar a esos malnacidos mantenemos nuestra posición apretando con fuerza la empuñadura de nuestras armas. Ya habrá tiempo de ajustar cuentas, dice nuestro capitán con buen criterio, y da la espalda a nuestros rivales sin darles más importancia.

Es un tipo peculiar el capitán. Desde que me encuentro bajo su mando apenas le he oído hablar, siempre con aire taciturno estudiando los alrededores listo para dar la orden adecuada ante una emboscada enemiga. Tiene los ojos oscuros y pequeños, un fuerte mentón manchado de barba de dos días y melena castaña cayendo desaliñada hasta los hombros. Tan alto como yo, de fuertes espaldas y pulso seguro. Bien parecido, podría decirse. Capaz de llevarse de calle a cualquier moza si no fuese por la seriedad perenne que acuartela su rostro.

El sol sigue trazando su arco imperturbable en el firmamento pegando con suficiente intensidad como para que las pequeñas perlas de sudor de nuestras frentes pasen a ser finos regueros amargos que retiramos de los ojos con el antebrazo. El uniforme no es precisamente cómodo y las axilas negrean de humedad, pero no tenemos otra que aguantar. Algunos se quitan el casco y se abren la casaca, otros se echan agua en la cara para refrescarse. Yo por mi parte intento

soportarlo sin demasiado aspaviento en un estoico intento de demostrarme que soy mejor que el resto.

Una voz nos devuelve a todos a la realidad, a la loma en la que apenas ochenta soldados aguantamos divididos en tres frentes en medio del territorio enemigo. El que ha gritado es uno de los hombres que vigila la empalizada norte, más cercana al escarpado desnivel que nos protege de los piqueros enemigos. Parece que empezamos a sobrar pues nuestros rivales se disponen a retomar el cerro con las dos compañías de infantería que nos flanquean atacando a la vez. Como no sabemos lo que nos espera colina arriba –no vemos más que rocas y musgo en el desfiladero– nuestro capitán decide mantener a los hombres que defienden la valla en su posición, trasladándonos a nosotros a la ladera este. Sólo deja dos vigías en la cuesta por la que subimos anoche para avisar de un posible intento de rodearnos.

Por el oeste los piqueros que han acabado con nuestra caballería nos apuntan con sus armas. Al este sus compañeros les imitan colocándose en la falda de la loma. Y nosotros en medio, sin saber cómo nos las vamos a apañar para parar el ataque. Miro al capitán, que acaba de llegar a nuestro lado, y parece tranquilo, impassible ante la pinza que nos van a hacer. Es verdad que contamos con la ventaja de la altura para defendernos, pero son dos compañías completas flanqueándonos y ya hemos sufrido varias bajas... y sin embargo el capitán ni se inmuta. Casi podría decirse hasta que sonríe... ¿Cómo puede sonreír en esta situación? Vuelvo mi vista hacia donde él mira tratando de comprender qué clase de locura se ha adueñado de la mente de nuestro superior y entonces comprendo su gesto. Desde el bosque una nube de polvo viene a nuestro encuentro con el rumor de decenas de cascos retumbando en la tierra. El estandarte blanco va al frente, guiando una escuadra de arqueros a caballo que carga a toda velocidad contra la retaguardia de los piqueros. Estos tratan de formar un muro de hierro que rápidamente cae ante las certeras flechas de nuestros compañeros. Todos respiramos aliviados.

Al otro lado del cerro parece que se han enterado de que si lanzan el ataque lo harán ellos solos, por lo que muy prudentemente abortan la intentona replegándose unos cientos de metros más allá. Frente a mí veo cómo los caballos se empotran entre las picas mal colocadas, causando estragos en una unidad que por intentar acabar con nosotros ha firmado su sentencia de muerte. Algunos soldados trepan ladera arriba pero ninguno alcanza la mitad de la ascensión, pues desde abajo varios arqueros muestran su implacable pericia derribándolos a flechazos. Varios –yo entre ellos– les gritamos que les dejen subir para ser nosotros quienes decidamos su suerte. Todos queremos ser partícipes de la violenta orgía de muerte que estamos disfrutando desde lo alto de la colina.

El capitán, tan pragmático como siempre, se aparta del borde del barranco mostrando una total despreocupación por lo que ocurre allí abajo. A él sólo le interesa mantener a sus hombres a salvo, y una vez pasado el peligro su trabajo es anticiparse al siguiente ataque. Es soldado viejo y creo que está un punto asqueado de la vil condición humana, tan cruentamente representada en la escabechina que ya se va apaciguando loma abajo.

Es casi mediodía y seguimos vivos. No podemos quejarnos de momento.

## Capítulo V

*«El jugador que lleva ventaja debe atacar o perderá dicha ventaja.»*

Wilhelm Steinitz

A mi izquierda alguien canturrea una melodía sin letra ni ritmo. No sé si la improvisa o simplemente entona muy mal, pero de alguna manera nos ayuda a pasar el rato. A hacer más amena la espera. Creo que ya está cansado de cantar, sin embargo le piden que siga para entretenernos. Parece mentira pero nos aburrimos en medio de la batalla. Rodeados de cadáveres, tras haber enterrado a nuestros muertos y con una pila de cuerpos al borde del barranco. Nos aburrimos. Casi preferiría avanzar hacia el enemigo. Casi.

Hemos vuelto a la ladera sur y formamos dos apretadas filas de soldados perfectamente alineadas. En caso de ataque sabemos bien qué hacer: las picas de la primera fila apoyadas en tierra en un ángulo de unos cuarenta grados con el suelo –evitando así una carga de caballería–, y la segunda fila elevándolas paralelas a la cuesta. Aunque una cosa es la teoría y otra bien distinta la práctica.

Estoy regodeándome en mi propio tedio –esto es inaguantable, en qué puñetas estará pensando el alto mando, etcétera– y me viene a la cabeza una frase que siempre suele decir mi padre: cuidado con lo que pides, pues corres el riesgo de que se haga realidad. No terminan de resonar esas palabras en mi mente cuando veo aparecer desde el bosque a un hombre a caballo llevando un pendón blanco. Es un batidor, probablemente con órdenes nada halagüeñas para nosotros. Me parece que vamos a echar de menos aburrirnos durante un tiempo.

Tras el santo y seña abrimos un pequeño hueco para que pase el jinete, que nos mira con una mezcla de altivez y asco en la mirada. Supongo que se deberá a la evidente diferencia entre su pulcro uniforme y los nuestros llenos de rotos, con tierra y sangre tornando la otrora reluciente tela en un mosaico de suciedad parda. También nuestras caras deben causar aprensión, bajitos desde su montura, malhumorados y recelosos ante las noticias que trae del cuartel general. Nosotros estamos partiéndonos la cara aquí mientras tú das paseítos a caballo, debe creer que pensamos, así que desembucha y desaparece de nuestra vista. Es triste que entre camaradas nos envidiemos así, pero cuando es tu pellejo el que está en juego no hay tiempo para misericordias. Y pensar que hace tan sólo un instante nos aburríamos...

El capitán da la bienvenida al mensajero con un desganado saludo militar, tendiéndole la mano para recibir el documento en el que le transmiten sus órdenes. El jinete niega con la cabeza. Nada de papeles, sólo órdenes de palabra. No se puede correr el riesgo de que el enemigo conozca nuestros planes. Y nuestro superior con cara de dudar si hacerse el harakiri –esa extraña práctica suicida de la que hablan los viajeros que vienen del Japón– o si degollar aquí mismo al batidor. Tras controlar el acceso de ira se tranquiliza y le mira de nuevo a la espera de instrucciones. Momentos después el trote del caballo pasa a nuestro lado llevándose nuestras miradas de odio clavadas en los cuartos traseros.

¡A formar!, grita el capitán colocándose el casco y recogiendo sus enseres. Luego nos explica la situación: el alto mando ha decidido que debemos seguir avanzando, y ahora que parece que el frente está tranquilo vamos a continuar la ascensión ladera arriba. Los arqueros del flanco derecho

son nuestro apoyo, aunque viendo la distancia a la que se encuentran me parece que poco apoyo nos van a brindar. De nuevo somos la punta de lanza de nuestro ejército, y a nosotros nos va a tocar jugárnosla por el angosto sendero para intentar pillar desprevenidos a nuestros rivales. Si no fuese porque estamos bajo el mando de un hombre tan capaz me daría la vuelta ahora mismo; una cosa es lanzar una encamisada en silencio y rayando el alba y otra bien distinta marchar camino arriba bajo un sol espléndido para que jueguen al tiro al blanco con nosotros. Soy un soldado, me repito una vez más al colocarme hombro con hombro con mis camaradas.

La empalizada de la izquierda es retirada y pasamos en fila de a tres por el desfiladero, ascendiendo entre riscos tratando de hacer el menor ruido posible, como si ochenta personas con sus uniformes, picas, espadas y demás utensilios de guerra pudieran ir en silencio, más aún cuando los ecos de cada paso rebotan en las piedras peligrosamente amplificadas. No. Es imposible. Y sin embargo de momento no llueven flechas ni nos hemos topado con vigías por el camino. Igual nuestros enemigos están concentrando sus fuerzas en otro lugar del campo de batalla. Puede que mientras nosotros avanzamos esperando lo peor la fatalidad se haya cebado en el resto de nuestro ejército gracias a la astucia de los líderes rivales. Poco importa si no llegamos vivos a lo alto del montecillo. Haya o no caído el cuartel general de nada servirá si no salimos de esta para contarlo.

No parecía tan larga la subida cuando iniciamos el avance, pero al menos entre estas curvas imposibles podemos apreciar el campo de batalla en todo su esplendor. Desde aquí se ven nuestras fuerzas desplegadas en distintos puntos, lo que da a nuestros enemigos una ventaja decisiva a la hora de colocar sus tropas. No entiendo por qué nuestro mariscal se conformó con una posición tan pobre estratégicamente, obligándose a arrebatar a nuestros rivales este altozano y reclamarlo para nosotros. Y cómo no, tenemos que ser siempre los mismos los que nos la jugamos sin saber qué naipes tiene el contrario.

Poco a poco la pendiente se hace menos escarpada y la linde del camino se amplía hacia los lados pudiendo añadir hombres a nuestros costados. La fila va creciendo de tres a ocho soldados en apenas quince metros, y se empieza a apreciar un cambio en la vegetación, apareciendo pequeños arbustos donde antes sólo había musgo y hierba. Estamos llegando a lo alto de la colina y todavía no nos han cosido a flechazos.

Más adelante, a la derecha, hay un macizo de rocas desde el que seguro podremos orientarnos mejor y ver qué hay a nuestro alrededor. Por eso me ofrezco voluntario para escalarlo, algo que el capitán aprueba con un simple gesto de cabeza –ya he dicho que el hombre es muy suyo– mientras el resto forma en posición defensiva. Así me aparto de mis compañeros y me dispongo a trepar con mucho ojo de dónde pongo pies y manos, no vaya a ser que lo que no han conseguido nuestros enemigos lo logre yo solo despeñándome por falta de cuidado. El viento casi me tira en más de una ocasión pero consigo dominar la situación aferrándome fuertemente a la roca desnuda, ascendiendo unos veinte metros hasta llegar a la cumbre. Arriba hay espacio para estar de pie sin problemas, por lo que me coloco orientado hacia el oeste y echo un vistazo haciendo visera con la mano.

Ahora entiendo por qué no hemos visto ninguna unidad montada aparte de a la que hemos vencido al amanecer. El enemigo las ha debido de estar guardando para futuras fases de la contienda porque lejos, al oeste, veo un campamento de caballería pesada, y más cerca unos arcabuceros a caballo y una columna de caballería ligera lista para formar. Solamente han bajado a la explanada los hombres a pie, deduzco que en un intento de aprovechar toda la fuerza de los rocines en las cargas pendiente abajo. Un excelente uso de la geografía, hay que reconocerlo. No creo que nuestros enemigos tengan ninguna intención de buscar el cuerpo a cuerpo: vamos a tener que ser nosotros, en misiones suicidas como la que está llevando acabo mi compañía, los que

vayamos a su encuentro rezando por salir bien parados.

Sigo oteando la lejanía cuando un ruido a mi espalda llama mi atención. Con cuidado voy girando y de pronto cruzo la mirada con tres hombres que me observan con cara de no comprender qué hago en lo alto del promontorio. Son arqueros enemigos, y a unos treinta pasos está el resto de su compañía. Que Dios nos coja confesados.



## Capítulo VI

*«Peones: ellos son el alma del Ajedrez; solos, forman el ataque y la defensa.»*

François-André Danican «Philidor»

Esta batalla es mucho más cruenta que la que libramos contra la caballería, con esos malditos cosiéndonos a flechazos hasta llegar al cuerpo a cuerpo. Sólo mis reflejos me han librado de caer en lo alto del montículo esquivando los proyectiles, que silbando sobre mi cabeza se han precipitado sobre mi compañía sin apenas darme tiempo a dar la alarma. La segunda descarga me ha pillado avisando a voces a mi capitán, que rápidamente ha ordenado formación de ataque, y ahora mismo me encuentro tirado en el suelo con una flecha clavada en el hombro mientras escucho ahí abajo cómo los hierros chocan, los filos desgarran y los cuerpos se quiebran entre gritos de dolor.

Desde mi privilegiada posición –pese al flechazo mi posición es considerablemente mejor que la de mis compañeros– veo manchas negras y blancas intentando matarse por todas partes. Me cuesta respirar pero ante el dantesco espectáculo sólo puedo pensar en una cosa: tengo que bajar a pelear. No sé cómo pero tengo que hacerlo. Entonces hago un esfuerzo para incorporarme y veo al noroeste un montón de pendones negros, caballos e infantería alejándose de nosotros. Hemos llevado la batalla hasta el cuartel general enemigo y no nos hemos dado ni cuenta.

El descubrimiento me insufla unas energías que no sé muy bien de dónde vienen, mezcla de hermandad entre soldados y odio hacia nuestros enemigos y sus líderes, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Rompo la flecha dejando la punta incrustada en la carne e inicio el descenso sin valorar del todo las opciones que tendré con una herida sangrando, un brazo sin apenas fuerza y como única arma la daga que llevo colgada al cinto. Ya habrá tiempo de enfrentar dificultades en medio de la reyerta.

El brazo derecho apenas puede cargar con el peso de todo mi cuerpo, pues el izquierdo lo utilizo únicamente para palpar la roca y cerrar los dedos alrededor de cualquier protuberancia a la altura de mi cadera, como una especie de seguro anti caída que sé que va a fallar pero que de alguna manera me permite ir más confiado. La naturaleza humana a veces tiene estas cosas absurdas.

Cuando he completado la mitad del descenso echo un vistazo a mis compañeros en una tentativa de evaluar de qué lado caerá la contienda. El polvo que se ha levantado no me deja ver cómo van las cosas, pero no sé si porque prefiero pensar así o si de verdad las cosas nos van bien, me parece advertir que el número de manchas negras caídas en el suelo es algo mayor al de las blancas. Puede que la fortuna nos siga sonriendo –pese a todo–, pero las bajas van a ser demasiado cuantiosas como para mantener la posición en caso de que el ejército enemigo decida atacar con el resto de unidades. Menos mal que al alto mando enemigo no le ha dado por cargar contra nosotros y barrernos sin contemplaciones, porque poco habríamos aguantado de haber tomado esa decisión. Creerán que somos la avanzadilla de una fuerza mucho más numerosa, que pronto aparecerán a nuestra espalda los refuerzos poniendo en peligro la vida de sus líderes, y por eso huyen evitando así el enfrentamiento directo. Que mueran otros por defendernos, pensarán orgullosos sin saber que solamente somos una compañía de piqueros en misión suicida cerro

arriba, y que el resto de nuestro ejército ni está ni se le espera.

Faltarán cinco metros para llegar al suelo, que vibra ante la fuerza de las acometidas, cuando uno de los duelos se desgaja de la pelea trayendo el sonido del choque de los aceros hacia mí. Dos fieros combatientes intentan flanquearse sin tregua sabiéndose únicos bailarines en su danza mortal. El que va vestido de negro camina seguro balanceando el peso de su gruesa espada en la mano, relajando los músculos entre estocada y estocada intentando penetrar la defensa del contrario. No alcanzo a verle el gesto, pero pese a mi escasa experiencia guerrera puedo imaginarlo rudo y tenso, como todos los que he visto en el campo de batalla, con un punto de locura en la mirada ante la perspectiva de matar una vez más. Mi sorpresa es mayúscula cuando reconozco una melena sucia y pegajosa de sangre sobre el maltrecho uniforme blanco del otro combatiente: no es otro que nuestro capitán, que cojea con una flecha atravesando su gemelo derecho. Consciente de la ventaja de su rival se limita a defenderse con movimientos secos esperando el momento propicio para contraatacar. Sin embargo ese momento no llega, y tras un vago intento de desarmar al de negro recibe un fuerte golpe en el mentón con la empuñadura del sable, tirándole al suelo lejos de su hierro.

Veo a mi capitán gatear hacia la roca. Veo también al otro acercarse alzando su espada para dar el golpe final. Y veo que, sin saber muy bien cómo, mi cuerpo se ha separado de la pared y se precipita hacia abajo, cayendo a plomo sobre nuestro enemigo. No sé en qué momento he tomado la decisión de lanzarme al vacío –ni siquiera sé si la he tomado o simplemente he resbalado–, pero tengo el tiempo justo para prepararme ante el impacto e intentar reaccionar al mismo tan rápido como pueda una vez llegue al suelo. La idea es buena, la ejecución no tanto. En cuanto choco contra el soldado de negro mi hombro herido estalla lanzando una descarga de dolor que me deja paralizado en el suelo sin poder moverme. Por suerte la puntería no me ha fallado y con el golpe he derribado a mi objetivo manteniéndole inmovilizado bajo mi peso.

No sé qué hace mi capitán, pues estoy a punto de vomitar por el dolor, que nubla mi vista e impide que pueda mover un solo músculo. Boqueando en el suelo noto cómo el arquero negro se revuelve tratando de apartarme mientras grita, hasta que un salpicón rojizo me ensucia la cara y las voces de mi enemigo cesan de golpe. Entreabriendo los ojos puedo ver un charco de sangre manando de su cara, que partida en dos tiene el filo de un sable clavado hasta la calavera.

El sabor de la sangre ajena en mis labios, la flecha en mi hombro y la asquerosa visión que tengo a menos de un palmo del rostro hacen que mis tripas se retuerzan al tiempo que pierdo el conocimiento.

Me duele el hombro y la cabeza, y estoy aturdido cuando me despierto. Me encuentro tumbado entre otros heridos, cerca de la cuesta por la que subimos hace un rato, y me incorporo con dificultad intentando comprender qué ha ocurrido. Son demasiados los hombres que hay a mi alrededor, quizá la mitad de la unidad, con los uniformes hechos jirones, vendajes improvisados y hasta miembros amputados. Supero al levantarme un leve mareo y me acerco a dos compañeros que, en pie, observan el campo de batalla desde un barranco. Allí abajo se aprecian cinco grupos de hombres vestidos de negro –la infantería enemiga–, y el resto de nuestras fuerzas lejos, en el bosquecillo. Estamos solos en territorio enemigo.

Mis compañeros me reciben como si fuera un fantasma, recelosos ante mi aparición. Parecen dudar si tacharme de cobarde o tomarme por un debilucho, pero aun así responden a mis preguntas confirmando mi sospecha: apenas treinta soldados han sobrevivido a la batalla, el resto, hasta los más de ochenta que quedábamos, están heridos o muertos. Y no hay visos de recibir refuerzos pronto.

Al menos hemos vencido, dice una voz a mi espalda. Es el capitán, que cojeando y con el

rostro amoratado e hinchado se acerca a nosotros mirándome fijamente. No dice nada más, simplemente se para frente a mí, extiende la mano y me la estrecha firmemente. Después amaga una sonrisa de agradecimiento y sigue su camino como si nada hubiese ocurrido. Como si no hubiese decenas de cadáveres enemigos tirados a nuestro alrededor. Como si él, en algún recoveco de su hermética personalidad, escondiese un ignoto motivo para seguir teniendo esperanza.

## Capítulo VII

*«Desconfianza es la característica más necesaria de un jugador de ajedrez.»*

Siegbert Tarrasch

Recuento de bajas total: cuarenta y seis entre heridos y muertos. Los primeros han sido cobijados en un entrante en la roca pues nos ha parecido el lugar más seguro para ellos. Los segundos están siendo amontonados en una pira que prenderemos en breve, de forma que el enemigo no pueda vejar los cadáveres de nuestros caídos si viene a por nosotros. Solamente quedamos treinta y seis soldados en condiciones de pelear, treinta y cinco si descontamos el batidor que ha enviado el capitán para informar de nuestra situación al alto mando. Un vigía está subido en el montículo desde el que caí durante la batalla y nos anuncia puntualmente el movimiento de tropas enemigas; la caballería ligera ha desaparecido, pero afortunadamente el resto de unidades montadas no se han movido de su sitio. Tras su precipitada huida, la plana mayor negra debe de dudar si hemos sido enviados para reconocer el terreno o como avanzadilla del ejército rival, no queriendo lanzar un ataque hacia nuestra posición con la élite de sus fuerzas y caer en una posible trampa. Eso quiero pensar, porque de otra manera no me explico qué hacemos en pie todavía.

El hombro me duele una barbaridad pero no pienso dejar que se note. Camino por el campo de batalla con otros soldados saqueando los cadáveres llenos de polvo y heridas que, envueltos en sus mortajas negras, están tirados de cualquier manera en el lugar donde murieron. El capitán ha ordenado dejar a los enemigos como ejemplo de lo que le ocurrirá a todo aquel que ose desafiarnos. Entiendo que nuestro líder sólo intentaba motivarnos cuando pronunció esas palabras, pero creo que ahora mismo los ánimos no están para arengas guerreras. Estamos cansados, perdidos en una tierra hostil tan dura que ni siquiera sirve para enterrar a nuestros compañeros y en pie solamente porque alguna deidad con mucho sentido del humor nos mantiene vivos para disfrutar del dantesco espectáculo de la guerra.

Una voz nos hace levantar la cabeza asustados. No es el vigía, sino un compañero que asomado al barranco nos hace señas. Miramos al capitán y este se encoge de hombros. Para los pocos que quedamos no os voy a privar de ver lo que sea que hay ahí abajo, dice su gesto, por lo que dejamos nuestras tareas y nos acercamos curiosos. Entre dos cabezas manchadas de sangre puedo apreciar un maltrecho pendón blanco que asciende por el intrincado camino que nos trajo hasta aquí: nuestro heraldo regresa, lo cual es una buena noticia, pero regresa solo, lo que nos desmoraliza un poco al vernos de nuevo abandonados por nuestro mariscal.

El mensajero no se espera tanta concurrencia al llegar a lo alto de la loma, y busca con la mirada al capitán antes de abrir la boca. Cuando lo encuentra se acerca a él recuperando el aliento y le susurra algo al oído, a lo que el otro niega con la cabeza. Todos los aquí presentes se han ganado el derecho a escuchar de primera mano las nuevas que traigas –dice solemnemente–. Cuéntanos a todos qué dice nuestro mariscal. Las noticias no pueden ser peores. Tras nuestra maniobra el cuartel general por fin ha decidido enviarnos apoyo, pero para cuando una columna de arqueros a caballo estaba dispuesta a subir loma arriba en nuestro auxilio, una unidad de caballería ligera les ha bloqueado el paso tomando el cerro que nosotros habíamos ganado la

noche anterior. Para colmo de males una compañía de piqueros cubre el flanco oeste de la loma, por lo que recuperarla no va a ser fácil. No sólo estamos apartados de nuestro ejército, sino que tampoco tenemos escapatoria. Desvalidos, sin apenas suministros y con únicamente treinta hombres para defender la posición. No estamos solos, estamos muertos.

Soldados, ya veis cómo están las cosas, sentencia el capitán. Sin decir nada más se da media vuelta y se acerca al lugar donde hemos apilado a nuestros compañeros, sentándose frente a ellos con el chisquero en la mano y unas briznas de paja en la otra. Paciencia y pericia se unen y al tercer intento prende el matojo, que rápidamente echa a arder en el aire mientras cae sobre la pira que servirá para dar el último adiós a nuestros caídos. Los que tienen las cabezas cubiertas retiran sus cascos, dedicando un último recuerdo a aquellos que han muerto luchando a nuestro lado. En la guerra no hay tiempo para muchas sensiblerías, pero el respeto entre camaradas no debe perderse nunca. Ellos ya no están aquí, y los vivos tenemos la responsabilidad de pelear evitando que sus muertes hayan sido en vano.

Poco a poco el fuego va correteando entre los cadáveres, lamiendo carne y tela convirtiéndolas en ceniza. Huele mal, pero aguantamos con los ojos llorosos la oscura humareda que el aire disipa en mil jirones de muerte. Cuando ya todos los cuerpos se han unido a la gigantesca llama damos por terminado el improvisado ritual de despedida, sintiéndonos algo mareados. A mí la cabeza se me va y las piernas me tiemblan... un momento... no son mis piernas las que tiemblan, es el suelo el que lo hace. El viento, siempre caprichoso, cambia de dirección trayendo el eco de un clamor ronco y profundo, pétreo, como si la tierra misma bramase por las almas de los soldados. Sin embargo nada mágico hay en todo esto pues una nube de polvo se levanta en el sur, abajo en el campo de batalla, y pronto el cruento sonido del choque de lanzas nos adelanta lo que acaba de ocurrir: una columna de caballería pesada ha cargado contra los piqueros que cubrían la subida oeste del cerro, convirtiéndoles en un amasijo de cuerpos pisoteados por los rocines. También vemos una unidad de arqueros llegando a buen paso desde el bosque, y otra de infantería avanzando segura en dirección a la loma sur, la misma por la que nosotros subimos hace unas horas para madugarles el ataque a nuestros enemigos. Que nuestro ejército esté cercando el acceso hasta nuestra posición es muy buena noticia. Pronto podrán relevarnos y tomar ellos la iniciativa en la vanguardia de nuestro bando.

Respiro aliviado mientras veo cómo los caballos ataviados con sus pesadas armaduras cargan una y otra vez contra los pocos piqueros que quedan en pie, y no puedo evitar unirme a la sonrisa colectiva que une a los treinta y seis soldados que quedamos en el altozano. Nuestra mala fortuna arde en la pira junto con los cadáveres de nuestros compañeros. Llegan tiempos mejores.

## Capítulo VIII

*«El peón es la causa más frecuente de la derrota.»*

Wilhelm Steinitz

Con la retaguarda más o menos cubierta y los ánimos en alza el capitán decide que hay que moverse. No es muy inteligente quedarnos guardando la ruta más rápida para que el ejército enemigo descienda desde el altozano hasta su caballería ligera. Siendo tan pocos si les da por cabalgar hacia nuestra posición no podremos pararlos. Estratégicamente tiene sentido mantener nuestra posición, conservar un punto que se ha vuelto vital para el devenir de la batalla, pero no estamos por la labor de seguir siendo los conejillos de indias de nuestros superiores. Si el enemigo necesita esta vía libre para comunicarse, por nosotros puede quedársela.

La pira sigue ardiendo cuando pasamos junto a ella. No la miramos más que de refilón pues el hedor a carne quemada y el humo nos hacen entrecerrar los ojos escuchándose arcadas entremezcladas con toses... En realidad yo no la miro porque me recuerda lo cerca que he estado de acabar formando parte de ella, de no ser más que otro cadáver requemado que ya cumplió con su misión en este mundo.

Revisamos el escondite donde hemos dejado a los heridos, que parecen apañarse bien en espera de poder establecer una ruta para retroceder. Los menos graves cuidan del resto aplicando ungüentos y limpiando gasas, e incluso los que peor aspecto tienen parecen decididos a salir adelante. Son soldados duros, tan orgullosos en su insignificancia que hasta las Parcas dudan si pueden llevárselos o no. Mirándoles me acuerdo de la historia de Caronte, que me aterrorizó de pequeño durante años, y metiendo la mano en un bolsillo respiro tranquilo al palpar dos pequeñas monedas. Servirán para cruzar la laguna Estigia llegado el momento.

El lugar que nuestro capitán elige como destino es una pared de roca en la que poder refugiarnos de miradas indiscretas, ya que al este creemos que sigue el fuertemente armado cuartel general enemigo con al menos una unidad de caballería pesada escoltándolos. Las tripas nos empiezan a sonar: ha pasado la hora de comer y con tantas emociones no hemos tenido un instante para servir el rancho. Toca sacar de nuestros petates los pocos alimentos que tenemos –pan duro, algo de carne en salazón y agua fétida– y disfrutarlos como si de verdaderos manjares se trataran. Al abrigo de la piedra y con el estómago lleno nos parece que todavía tenemos posibilidades de salir vivos de la contienda, y eso nos reconforta ante la perspectiva de estar atrincherados y sin contacto con nuestros superiores en lo que puede ser una eternidad.

Aprovechando el buen ánimo general nuestro líder nos hace formar contra la pared, pudiendo así mantener una barrera de picas sólida al ahorrarnos cubrir los flancos y la retaguardia. Desde fuera nos observa dando distintas órdenes para evaluar la capacidad de movimiento de los treinta y seis hombres que tiene bajo su mando y una vez está satisfecho organiza las guardias y nos deja descansar. Él se retira a unos pasos del resto rumiando lo que ha visto para, imagino, diseñar tácticas adecuadas en caso sufrir un ataque imprevisto.

La verdad es que el capitán ha escogido con muy buen criterio el lugar donde nos encontramos. Defensivamente es intachable, haciendo una curva que nos esconde de ojos curiosos

desde el este y al mismo tiempo ofrece una visión despejada del acceso a la llanura. Nuestras ropas hace rato que abandonaron su blancura original pasando a ser de un pardo sucio, por lo que estamos perfectamente camuflados entre el marrón tierra del polvoriento suelo y el gris de la roca. La única pega de nuestra ubicación es que ya no tenemos contacto visual con el resto de las tropas, de modo que no disponemos de información alguna de cómo van las cosas a nuestro ejército. No estoy discutiendo la decisión de nuestro líder, ya que ahora mismo su principal preocupación es mantenernos con vida, pero quizás su exceso de celo nos ha llevado a perder la valiosa vía de comunicación que teníamos con nuestros superiores. Aunque teniendo en cuenta las órdenes que nos han dado desde la noche de ayer casi mejor.

Me separo de mis compañeros mirando el horizonte para intentar hallar un poco de paz entre tanta guerra. Debo lograr, pienso, encontrar algo de tranquilidad en mi interior pues fuera sólo redoblan tambores y repiquetean los cascos de los caballos, chocan las armas y rugen las gargantas. Nunca hay silencio. Y yo ahora lo que necesito es silencio. Cierro los ojos y respiro hondo mientras las voces de mis compañeros se van convirtiendo en siseos en el viento que se alejan, dejándome el paso franco hacia mi batalla personal. Esa que se libra dentro de nuestra mente de forma continua, recia, sin tregua alguna pues no hay forma de escapar a ella. Sentimientos encontrados y dudas que nos avasallan en una suerte de balanza que regula nuestras emociones sin piedad. Porque en el fondo todos sabemos lo que hay. Todos sabemos que no podemos engañarnos a nosotros mismos.

Inmerso como estoy en la lucha contra mis fantasmas noto cómo el susurro del aire ha cambiado, procedente del oeste, trayendo oscuros sonidos que hacen vibrar la tierra. Abriendo los ojos no puedo evitar que una sacudida de terror me doble las piernas cayendo de espaldas cuando largo soy, reptando hacia atrás ante la poderosa visión que aparece ante mí: una columna de corpulentos corceles galopa en nuestra dirección con las armaduras de sus jinetes centelleando bajo el sol. Son los arcabuceros a caballo enemigos, que han abandonado su posición y cubren la distancia que les separa de nosotros a gran velocidad. Una carga de caballería es un espectáculo bellísimo si se observa desde la distancia, pero cuando banderolas, armas y cascos vienen directos hacia ti la belleza desaparece y sólo queda un doloroso pavor recorriéndote las entrañas.

El cuerpo no me responde y las primeras bestias están cada vez más cerca. Estoy tan asustado que no puedo ni gritar, limitándome a cerrar los ojos esperando que todo pase rápido. Tengo mi alma en paz y las monedas para Caronte en el bolsillo; una muerte más que digna. Sin embargo sigo escuchando las voces de los hombres y el trote de los caballos cerca, pero no tanto como para arrollarme. Arriesgándome a que una herradura cayendo sobre mi cráneo sea lo último que vea en este mundo entreabro los ojos y me encuentro con que la columna ha desaparecido desvanecida en una densa nube con olor a cuadra. ¿Dónde se han metido?

En ese momento aparecen a mi lado el capitán y otros dos hombres que me ayudan a levantarme y me preguntan qué ha ocurrido. Yo no les respondo porque ya lo sé. De una carrera llego al borde del barranco al tiempo que escucho el estallido de decenas de arcabuces masacrando a nuestra caballería pesada.

## Capítulo IX

*«Nunca se ha ganado una partida abandonándola.»*

Savielly Tartakower

Jamás he visto actuar un arcabuz. Me han hablado cientos de veces de cómo funciona, incluso llegué a tener uno en mis manos, pero jamás lo he visto funcionar. Hasta hoy. El seco estampido del disparo, la nube negra de pólvora y el brusco movimiento del tirador hacia atrás son la maravilla técnica más fascinante que he presenciado en mi vida.

No puedo dejar de mirar la tormenta de hierro que arrecia bajo nosotros, con la unidad enemiga descargando sus armas contra nuestros compañeros sin piedad, atacando pendiente abajo con toda la ventaja posible. Pronto el pendón blanco cae en el barullo de animales heridos y hombres moribundos mostrando la incapacidad de nuestra caballería pesada de defenderse ante la brutal acometida, desorientados frente a la inhumana carga que les llega desde el cerro. Las patas de los caballos se entrizan entre los cadáveres tropezando unos sobre otros, haciendo más fácil aún la tarea de la columna enemiga. Y yo no puedo apartar la vista, atónito ante el dantesco espectáculo. Ni siquiera cuando el viento trae la oscura pólvora hacia nosotros cierro los ojos, que me lagrimean enrojecidos al forzarlos. No quiero perderme ni un ápice de la contienda.

Algunos caballos huyen sin sus jinetes, uno incluso lleva el cadáver de su dueño colgando de la estribera derecha. La sombra de los animales varía su rumbo para evitar chocar contra una masa informe que apenas veo a través de las lágrimas que inundan mis ojos. Entornándolos finalmente puedo apreciar la marcha decidida de una unidad de piqueros. Parece que el alto mando ha resuelto apoyarnos de verdad y acerca todas las fuerzas posibles al cerro; y hay que reconocer que no es mal momento para hacerlo: tras la descarga de los arcabuces los enemigos no van a poder recargar con la suficiente rapidez como para desbaratar la primera línea de picas, por lo que si nuestros hombres maniobran con suficiente rapidez podrán ganar con facilidad. Apenas diez tiros restallan en el aire sobre las voces de la infantería, que ya avanza con decisión empalando hombres y bestias en lo alto de sus armas. Hemos perdido una unidad de élite y habrá más bajas en la contienda, pero al menos hemos neutralizado el ataque razonablemente bien.

Miro al capitán, que parece entre triste y orgulloso, sin un ápice de socarronería en el rostro. Parece afectado por la forma en la que han muerto nuestros compañeros, pero su gesto no termina de estar velado por la pena. El honor de soldado viejo brilla en su mirada, conmovido por el sacrificio de los hombres que han dado su vida por la única causa verdadera: la lucha por un camarada y, de forma sutil pero también ligada a ella, el amor propio. Parece que va a abrir la boca para hablar pero algo entorpece ese pensamiento, llevándole a tensar el cuerpo poniéndose en guardia. Extrañado, vuelvo la vista hacia abajo y comprendo perfectamente el motivo de su turbación. En el cerro la caballería ligera enemiga ha visto a los piqueros avanzar y están formando ladera arriba, huyendo ante el avance de nuestras tropas. Y lo único que se interpone en su repliegue somos nosotros, que con apenas treinta soldados no podemos hacerles frente por mucha ventaja de terreno que tengamos. Hay que moverse.

Sintiendo retemblar el suelo bajo nuestros pies corremos hasta donde se encuentra el resto de



la compañía, que a las voces del capitán comienza a formar contra la pared de roca con la única idea de que parezcamos lo suficientemente peligrosos como para que pasen de largo. Después de ver cómo sus arcabuceros caían es lógico pensar que su moral esté baja y no quieran jugársela con nosotros, aunque claro, también es comprensible que el orgullo herido y los muertos en la retina les fueren a cargar, lo cual supondría la debacle absoluta... poco importa todo esto si no llego a tiempo para parapetarme tras el murete de picas que están levantando mis compañeros. Ya habrá tiempo después de ver cómo reacciona el enemigo.

Corro como jamás he corrido en mi vida cuando reparo en que solamente somos tres los hombres que vamos hacia nuestra maltrecha unidad, y el capitán no aparece por ningún sitio... Mirando por encima del hombro le veo trastabillando sin poder seguir nuestro ritmo. Entonces reparo en la herida que se hizo en la pierna durante el encontronazo con los arqueros, y sin pensarlo dos veces doy media vuelta y llegando a su altura le tomo por un brazo, se lo paso sobre mis hombros y tiro de él para ponerlo a salvo. Por suerte dejamos rápido el borde del camino y ese tiempo nos permite cruzar la empalizada de picas justo cuando la columna de caballería aparece en el altozano. Allí están, brillante el metal al sol de la tarde, levantando una nube de polvo que sube entre remolinos, con elegantes bestias que podrían partir la espalda a un hombre de una simple coza. La banderola negra la porta el primer jinete de la fila trotando hacia el este, hacia nosotros.

Ellos nos miran. Vemos cómo nos miran, sus pupilas de odio clavadas en nuestras pobres figuras atrapadas contra la pared, pero en vez de intentar flanquearnos con un movimiento de pinza—son muchos más que nosotros, por lo que podrían hacerlo perfectamente— deciden pasar de largo sin hacernos más caso que el que harían a un roble solitario. Ni una amenaza, ni un gesto, nada. Cuando el último de los caballos se pierde de vista nuestros compañeros bajan sus armas y nos miran al capitán y a mí con cara de preocupación. Mi superior me da un par de palmadas en el hombro y haciendo gala de su flemático carácter se levanta con aire solemne sin mediar palabra.

El viento vuelve a soplar levantando una sombra de polvillo que nos hace entrecerrar los ojos mientras la pared de picas se eleva de nuevo al escuchar el suelo gemir bajo los cascos de unos caballos invisibles que se acercan. El enemigo parece haberse pensado mejor la posibilidad de acabar con nosotros y dejar el altozano libre de rivales, por lo que tomo mi arma y me hago un hueco entre dos pares de hombros esperando lo peor. Cuán grande es nuestra sorpresa—y nuestro alivio— cuando vemos asomar desde la cuesta una columna de arqueros a caballo vestidos de blanco inmaculado, no pudiendo reprimir un bramido de alegría. El pendón de vanguardia se gira hacia nosotros al oírnos, y reduciendo la marcha forman frente a nuestras armas adelantándose el que parece el líder. Desmonta y busca con la mirada a su homólogo, aunque duda cuando nuestro capitán se adelanta unos pasos y hace el saludo correspondiente. Qué diferentes parecen ambos, tan gallardo y elegante el arquero frente a un simple cabecilla de infantería con la cara sucia, la ropa rasgada y heridas mal vendadas. Qué dispar la suerte de los hombres.

Desde donde me encuentro, en la última fila de soldados, apenas puedo escuchar las quedas palabras que intercambian. Tampoco tengo especial interés en conocerlas ya que la sola visión de una columna de arqueros a caballo perfectamente formada a nuestro lado es suficientemente reconfortante después del día que llevamos. Por fin el alto mando parece dispuesto a apoyar nuestro avance, lo que los que quedamos en mi compañía agradecemos. Si somos afortunados puede que nos releven en el frente, llegando fuerzas nuevas para luchar en primera fila mientras nosotros descansamos en la retaguardia. Seguros, bien abastecidos y con los cuidados apropiados.

Mientras yo elucubro la charla ha terminado y nuestro capitán da media vuelta con gesto sombrío. Mi primera sensación al verle es de desaliento, mas conociendo la perenne seriedad de

su rostro prefiero pensar que no quiere decir nada. Dejamos pasar a nuestro líder y le rodeamos al tiempo que el arquero se acomoda en su montura y da orden de continuar a los suyos, creando un batiburrillo de voces, choques de armas y cascos que inunda el ambiente. Cuando se alejan nos enteramos de las buenas noticias y de las malas noticias: Las buenas son que estamos lanzando el ataque definitivo sobre la posición enemiga, y que los heridos de nuestra compañía están siendo guiados loma abajo para ser atendidos. Las malas nos atañen a nosotros –otra vez–, y es que vamos a mantener este enclave para asegurar un paso franco al resto de nuestras tropas. Debemos apartarnos de la pared y defender el acceso al altozano, algo que al parecer no podemos hacer a cincuenta metros de distancia. Como si estos cincuenta metros fuesen la diferencia entre ganar o perder la guerra.

## Capítulo X

*«En una partida de ajedrez a veces juegan más de cuatro caballos.»*

Savielly Tartakower

Que me aspen si entiendo las decisiones de nuestro alto mando. Sin tener la posición afianzada ni más apoyo que el parco servicio que podemos ofrecerles, los arqueros se han lanzado al ataque contra una unidad de caballería pesada. Y lo increíble es que van ganando.

Desde nuestra posición tenemos una visión magnífica de la llanura que se extiende ante nosotros, solamente quebrada por la pared de piedra de nuestra derecha y un bosquecillo de álamos que hay lejos. Las flechas vuelan pillando de improviso a la caballería enemiga, y tras dos salvas perfectamente ejecutadas al galope nuestros arqueros han cargado a toda velocidad todavía con tiempo para acabar con varios hombres antes de llegar al cuerpo a cuerpo. Ahora la contienda se resuelve a golpe de sable, y pese a las recias armaduras enemigas la superioridad con la que nuestros hombres han llegado al combate les brinda una ventaja decisiva. Pronto los estandartes enemigos pasarán a nuestras manos manchados de la sangre de nuestros rivales.

Pese a la victoria no me siento especialmente contento. A mis lados varios hombres gritan animando a nuestros camaradas, sin embargo no veo yo demasiados motivos para la alegría. Desde el cerro inferior no ha subido aún ninguna unidad de apoyo, y no tenemos ni la más remota idea de qué se trae entre manos el alto mando enemigo. No se aprecian movimientos de tropas, ni polvo en la lejanía indicando una carga de caballería; una inquietante calma se ha apoderado del campo de batalla, apenas rota por los gritos de furia de los pocos hombres que todavía luchan contra nuestros arqueros. Esta paz vigilante me está poniendo los pelos de punta.

Nuestro capitán debe de pensar algo parecido, pues de su rostro ha desaparecido la perenne seriedad mutando a un gesto más sombrío, más adusto. De mayor preocupación. Se mueve tenso en la retaguardia tratando de no mostrar su desasosiego ante nosotros, pero a mí no me engaña: se huele algo. Algo gordo. Algo que nos va a obligar a colocarnos en la diana otra vez.

Acaba la contienda entre los arqueros a caballo y la extinta unidad pesada enemiga y la guerra parece haber acabado. Como si esa última lucha fuese un punto y final a esta absurda batalla con esos hombres agonizantes siendo los últimos en caer por motivos equivocados. Incluso yo, pese a mi juventud, me doy cuenta de que detrás de cada pelea hay intereses que escapan totalmente a nuestro conocimiento. Y así nos va. Unos matándonos sin razón y otros aprovechándose de ello. Tampoco me voy a quejar, es la vida que me ha tocado vivir y la vivo lo mejor que puedo, llevándome por delante a todo el que se interponga en mi camino.

De puntillas entre mis compañeros echo un vistazo a nuestra espalda y veo con cierta desesperación que nada ni nadie se mueve en nuestro bando. ¿A qué esperan para mandar a todas las tropas loma arriba? ¿No era esta la carga definitiva? Tampoco tengo mucho tiempo para pensar en esto, pues el viento cambia de dirección soplando hacia el sur trayendo un eco que nos pone los pelos de punta. Desde los álamos escuchamos un rumor metálico, frío y duro, seguido de un chirrido demencial: una llamada de corneta pone en marcha una nueva carga de caballería. Lo que sigue a este sonido es un alivio para nosotros, pues en vez de ver a jinetes y monturas de frente – algo que he vivido ya en esta batalla–, les vemos salir de un lado del bosquecillo, en formación de

cuña, derechos hacia los arqueros a caballo que no saben cómo reaccionar. Muchos han desmontado y están saqueando cadáveres de entre los restos de la batalla. No están preparados. Van a morir.

Conscientes de que volvemos a ser la única unidad de nuestro ejército que queda en la loma, la pesadumbre empieza a propagarse con rapidez. Está atardeciendo y en todo este día hemos luchado más que nadie; cansados, mal alimentados y hechos unos zorros, habiendo perdido muchos compañeros durante la jornada. Y sin embargo aquí seguimos, firmes, decididos a aguantar no por nuestros superiores o la gloria de nuestra nación, sino por nosotros mismos. Estamos en medio de la nada sin importarle a nadie, pero estamos juntos y esa es nuestra fuerza. Creo que soy yo el que piensa estas palabras, pero me descubro escuchándolas procedentes de la boca de nuestro capitán. Consciente del peligro de desmoralizarnos ha optado por lanzar una arenga para unirnos más aún. Todos contra el mundo y a la mierda lo demás.

Una nueva sacudida en la tierra corta el discurso de nuestro capitán, dejándonos con la boca seca y las manos tensas aferradas de nuestras picas. Con la vista al frente esperando un nuevo ataque, nos sorprendemos al no ver enemigo alguno a nuestro alrededor. Entonces giramos las cabezas y estallamos en gritos de júbilo al ver una columna de caballería pesada ascender al trote cerro arriba, deteniéndose a nuestro lado. Subiéndose la visera de su agresivo yelmo de boca de rana, el líder de la unidad se inclina hacia el de la nuestra y tras unas breves palabras vuelve a erguirse sobre su corcel –un precioso ejemplar tordo de fuerte musculatura que puede adivinarse bajo la armadura– alejándose seguido por sus hombres. Al volverse, el rostro de nuestro capitán tiene un gesto que no veíamos desde la noche anterior. Es un gesto decidido, valiente. Gesto de batalla.

Antes de que abra la boca nosotros ya sabemos qué hacer. Apretando las armas contra nuestros pechos revisamos la formación y nos disponemos a avanzar hacia el enemigo. Esta vez nos toca apoyar la carga de caballería guardándoles la retaguardia en caso de necesitar replegarse, por lo que con los cascos calados y paso decidido nos adentramos en la nube de polvo que levantan los corceles que nos preceden rasgando el aire con la punta de nuestras picas.

## Capítulo XI

*«Con el ajedrez se aprende el hábito de no desanimarse cuando pasamos por un mal momento aparente, el hábito de tener esperanza en cambios favorables y de perseverar en busca de recursos.»*

Benjamin Franklin

Una carga de caballería perfectamente ejecutada al traste. No sabemos muy bien cómo pues la nube de polvo se nos mete en los ojos y apenas podemos ver, pero a nuestro lado pasan caballos con jinetes heridos que se repliegan a nuestra espalda. No sé si volverán a atacar pero espero que así sea. Si no, mal vamos.

Los blancos uniformes vuelven rasgados sobre las armaduras, sucios de un brillante carmesí que muestra la magnitud de la debacle. Entornando los ojos puedo apreciar la batalla, los cuerpos inmóviles de humanos y bestias sobre los que otros pelean, y los continuos jadeos y gritos que embotan mis oídos. No sólo veo la sangre, la huelo también. Pringosa y abundante entre los cadáveres me pone los pelos de punta y hace que me entren ganas de vomitar. Y nosotros con paso firme hacia allá, directos al matadero.

Al vernos avanzar tan decididos al epicentro de la catástrofe, lo que queda de nuestra caballería pesada forma de nuevo y nos adelanta para volver a cargar, más por pudor que por ansia de batalla, intentando mostrar un valor que en realidad ninguno sentimos. Bueno, quizá el capitán sí, avanzando impasible con el ceño fruncido y cara de importarle un pimiento la suerte de nuestra unidad montada, dispuesto a enviarnos a todos al mismísimo infierno si es necesario. Nosotros le seguimos por donde diga, quizá no de buena gana –porque cada vez me doy más cuenta de que a este tipo le dan igual ocho que ochenta–, pero sí ávidos de salvar la honrilla que cada uno salvaguardamos en nuestro interior.

Cuando creo que el capitán va a dar la orden de ataque alza un brazo y echa la rodilla al suelo. Toda la primera fila le imita, sabiendo el resto lo que debemos hacer. Apenas somos treinta hombres, por lo que nos colocamos en tres filas, los primeros con la pica bien asentada en tierra, y segundos y terceros apoyando en línea recta. En el momento que nuestro líder termina la comprobación de la formación el suelo retiembla una vez más anunciando la inminente carga. No puedo tener la mandíbula más apretada cuando los caballos se estrellan contra nuestras armas estallando en una nube de sangre y astillas que nos ciega temporalmente. Un jinete sale volando de su montura y cae sobre mí, tirándonos a varios hombres al suelo. En un acto reflejo me llevo la mano a la cadera y desenvaino mi daga, buscando a ciegas el pliegue de la axila en su armadura. Tras dos pinchazos que resbalan sobre el metal un alarido que resuena dentro del yelmo me indica que el tercero ha dado en el clavo, y abrazándome a mi enemigo ensarto mi hierro con saña en su carne, una y otra vez hasta que sus movimientos se van apagando y puedo quitármelo de encima. Sin perder un instante tomo una espada y me lanzo a por otro borrón vestido de negro.

La batalla continúa entre mandobles, faltándome el resuello cuando abato al tercer contrincante al que me enfrento. Mi resistencia es muy baja y la herida del hombro me arde, pero me anima ver a dos hombres atravesando a otro con una pica y al capitán agitando enfervorecido un desgarrado pendón negro en el aire. Los pocos rivales que quedan en pie huyen despavoridos

dejando sus armas y monturas a su suerte. Pronto nuestro líder alza su espada orgulloso montado sobre un caballo blanco que parece reconocerle como nuevo dueño. Entonces es cuando todo se tuerce: una lanza rasga el aire atravesando al capitán de parte a parte, cayendo al suelo de costado. Los pocos que quedamos miramos alrededor intentando adivinar quién ha hecho el lanzamiento, escudriñando entre las largas sombras que arroja el atardecer una figura quieta a unos diez metros de donde nos encontramos. Uno de los jinetes nos mira desafiante esperando a que le atacemos, seguro pese a estar en clara desventaja. No entiendo por qué parece tan confiado hasta que no veo a su espalda la llegada de una unidad de caballería ligera trotando hacia nosotros con un estandarte negro al frente.

Ante la sorpresa general me descubro gritando varias órdenes a mis compañeros, que tras un instante de duda reviven tirando de experiencia y oficio. Recogiendo restos de picas del suelo creamos una pobre empalizada frente al lugar donde ha caído el capitán y esperamos la inevitable acometida. Solamente quedamos diecisiete soldados en pie, cada uno empuñando un arma de distinto tamaño, alguna terminada en un palo tronchado después de descabezarse en la carga anterior. Los caballos enemigos aminoran la marcha al vernos tan decididos, como dudando si vale la pena arriesgar el pellejo por acabar con apenas veinte desgraciados que no tienen nada que perder. Debemos tener un aspecto horrible, pienso; heridos, sucios, desarrapados... cualquiera se lo pensaría dos veces antes de cargar, llevando como llevamos la miseria en los rostros y la muerte en la mirada. Probablemente demos pena, pero seguro que algo de miedo también. Por eso no se deciden a atacar.

A nuestra espalda se escuchan, quedos, los balbuceos de nuestro capitán, que no parece dispuesto a dejar este mundo sin pelear hasta el último aliento. No alcanzamos a entender sus palabras, atragantado probablemente con la sangre que intenta escapar de su cuerpo, pero nos anima saber que sigue ahí. Si él lucha, nosotros lucharemos.

Por un instante creo que la fortuna se va a poner de nuestra parte de nuevo. Que la caballería enemiga pasará de largo escupiéndome a nuestros pies haciéndonos ver que no valemos la pena. Pero ese instante dura bien poco. No sé a qué distancia se encuentran cuando empiezan la carga, pero es más que suficiente como para tomar impulso y acabar con nosotros. No cedáis, nos parece oír la voz del capitán, aunque bien puede ser nuestra imaginación aferrándose a cualquier cosa que nos mantenga en el puesto. Yo estoy colocado en medio, hombro con hombro con mis camaradas, mirando a la muerte a la cara si es que esta se decide a venir.

El suelo se sacude bajo nuestros pies tanto que los dientes me castañetean, y no puedo evitar cerrar los ojos cuando el choque es inevitable. Sé que hago mal, pero no siempre se puede ser valiente hasta el final. No yo, al menos. Por eso no veo que, mientras espero con mi pica en el aire a la altura que creo se clavará con más precisión en las tripas del caballo, la carga enemiga se abre en dos evitando el golpe de frente. Sabiendo que nuestra capacidad de maniobra es nula, nuestros rivales nos han hecho creer que buscaban el impacto directo y sin embargo lo que querían era reducir más aún si cabe el número de enemigos. Así al romper la formación han pasado a nuestro lado sable en mano, convirtiendo nuestros desprotegidos flancos en una carnicería de miembros cercenados y cabezas partidas que ahora rodean a los nueve hombres que quedamos en pie con cara de imbéciles. Un magnífico planteamiento ejecutado de una manera ejemplar. Hemos perdido a ocho compañeros mientras ellos sólo tienen dos jinetes en el suelo a los que rematamos en cuanto podemos reaccionar.

Toda la frustración que siento la descargo contra las tripas del cadáver más cercano, al que atravieso con mi pica sin miramiento alguno. No es la reacción más inteligente, lo sé, pero me da igual. Si antes era difícil defendernos ahora directamente es imposible. Por ello miro a mi

alrededor observando tras una mancha roja que me emborrona la mirada –tengo la cara empapada de sangre no sé desde cuándo– cómo la columna de caballería enemiga vuelve a formar para lanzar una nueva batida. La definitiva. Esta vez no busco una pica, me limito a tomar la espada más cercana con la que espero poder cortar la pierna del jinete que me pase por encima. Una pequeña victoria moral.

Respiro hondo, miro el sol escapando por el oeste para ceder el testigo a la noche, y la suave brisa me arrulla por la espalda. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo mientras balanceo el peso del arma en mi mano, dispuesto esta vez a mirar a la muerte a los ojos sin pestañear. El viento sopla de nuevo, esta vez más fuerte, sonando incluso amenazador. De pronto caigo en que no es el aire lo que suena, sino un murmullo que conozco perfectamente y que hace que el corazón me salte en el pecho. Cien sombras vestidas de blanco marchan hacia nosotros siguiendo el paso marcado por el redoble de un tambor.

## Capítulo XII

*«Hay dos clases de sacrificios: los correctos y los míos.»*

Mijaíl Tal

La herida del costado sangra demasiado como para no preocuparme. Hace rato ya que no me muevo de este lugar, apoyada la nuca sobre la tripa de un caballo muerto y rodeado de cadáveres de amigos y enemigos. Nada importa realmente... este parece un sitio tan bueno como cualquier otro para morir.

La llegada de la compañía de piqueros nos insufló ánimos, corriendo hacia ellos tan rápido como nuestras piernas, torpes tras todo el día batallando, nos permitieron. A nuestra espalda resonaban los cascos de la caballería enemiga, que quería acabar con nosotros antes de que llegásemos a la seguridad de la empalizada de picas. Sólo tres pudimos guarecernos tras ella, cayendo mis otros seis compañeros en el intento. Sólo tres de la compañía que inició el asalto al cerro la noche anterior.

Ya entre camaradas pude descansar un instante, protegido por las líneas de picas que nos daban cierta tregua. Cerré los ojos desentendiéndome totalmente de la batalla y me senté en el suelo a esperar. Los soldados que acababan de llegar no tenían pinta de haber luchado en toda la jornada, por lo que creo que me lo había ganado. Que se matasen ellos un rato mientras yo disfrutaba de un breve tiempo de paz.

Tan absorto estaba yo en mi solazo que no me di cuenta de que la línea defensiva se había roto, llegando hasta nosotros un salpicón de sangre de rocín y su jinete volando por los aires. Poco duró vivo entre tanto hierro enemigo. Esto nos puso en guardia a los tres supervivientes de mi batallón, que nos hicimos con unas espadas y apoyamos a nuestros compañeros con toda la energía con que fuimos capaces. De eso hace ya al menos una hora, y no me quedan fuerzas en el cuerpo para seguir peleando. La noche se va cerrando, ganando su particular batalla contra la luz desde el este, o puede que sean mis ojos los que se van nublando poco a poco en busca del descanso eterno.

No sé cómo acabará la guerra. Puede que nuestra caída propicie la victoria desde otro lado del campo de batalla, que seamos un simple movimiento dentro de todo el engranaje que ha puesto en marcha nuestro alto mando... como ya he dicho poco me importa ya. Nosotros hemos hecho nuestro trabajo mandando al infierno a todo enemigo que ha osado ponerse a nuestro alcance y con eso estoy satisfecho. Sólo la llegada del cuartel general enemigo al completo ha podido con nosotros: paladines con armas tan bellas como mortíferas, gruesos generales montados en bestias majestuosas, pendones negros tan brillantes que incluso con las últimas luces del día refulgían mientras iban matándonos uno a uno. Tiene gracia que incluso en la muerte —en mi muerte— parece mostrarse algún tipo de macabra fastuosidad. Quizá soy un optimista, después de todo.

Noto pasos cerca y veo una figura tocada con un aparatoso yelmo con forma de corzo que se acerca hacia donde me encuentro. Me observa a través de la visera y yo le mantengo la mirada. Podrá matarme pero se quedará con la imagen de mis ojos clavados en los suyos hasta su último día. Me aprieto el costado e intento colocarme todo lo recto que puedo mientras él desenvaina su espada. Al menos va a tener la decencia de terminar con esto rápido. Alza el filo y me observa



largamente, como esperando una señal. Yo respiro hondo y asiento. Estoy preparado. El caballero –por sus formas no queda otra que tratarlo como tal– asiente a su vez y prepara el golpe. El mundo se para un instante y entonces escucho el metal silbando por el aire derramándose sobre mí.

Un zarandeo me hace abrir los ojos. Veo a mi madre sonreír tiernamente como lamentando haberme despertado. Parpadeo varias veces intentando escuchar lo que me dice. Que si quiero continuar la partida, tal y como habíamos quedado. Aturdido aún, recuerdo que me he quedado dormido en el sofá después de comer, y que en la mesita nos están esperando treinta piezas, con ambos bandos contando con un peón de menos, colocadas elegantemente sobre los sesenta y cuatro escaques.

Dos minutos más tarde estoy sentado frente a mi madre revisando mi estrategia al tiempo que retomo los cálculos que había iniciado antes de darnos un descanso para comer. Tengo un peón en el centro atacando a un caballo, aunque tomar la pieza dejaría a mi reina completamente desprotegida a cambio de lograr una posición muy interesante para mí. Mi madre me mira intrigada, dudando de si seré capaz de sacrificar la dama tan pronto. Yo dudo también, pues no en vano ha sido ella la que me ha enseñado todo sobre el juego y darle una ventaja temprana no parece lo más adecuado. Entonces me acuerdo de mi sueño y sonrío. Vamos a tomar la loma y a acabar con la unidad de caballería enemiga.

Con aplomo alzo la mano arrastrando el peón, que en mi cabeza toma la forma de una unidad de piqueros enfilando el cerro al alba, y me como su caballo. Mi madre me mira en silencio con una ceja levantada mientras mis oídos imaginan los bramidos de las bestias y los alaridos de los hombres. Yo sonrío esperando su respuesta con el plan de batalla listo, las armas afiladas y mi humilde pieza dispuesta a convertirse en la punta de lanza de mi ejército. Recuerdo a mi capitán, con su gesto adusto y su melena enmarañada, y ensancho la sonrisa al saberme victorioso de antemano. Sin sangre ni muertos, tan sólo con reflexión y firmeza.

Al fin y al cabo todo ha sido una partida de ajedrez.

# Epílogo

## *Del tablero a la novela*

Pese a ser un pésimo jugador de ajedrez, desde que tengo memoria me ha atraído este deporte tan fascinante como antiguo. Puede que sea la belleza de las piezas, la profundidad de los cálculos que exige o simplemente una especie de fetichismo por el halo intelectual que emana, pero el caso es que siempre me he sentido hechizado por él. No juego todos los días ni estudio de forma obsesiva los resúmenes de las partidas, pero sí me gusta estar enterado de cómo va el circuito internacional, y por supuesto leer los magníficos reportajes de Leontxo García, sin duda uno de los mayores entendidos en ajedrez que tenemos en nuestro país. Fue viendo uno de sus estupendos vídeos de la serie “El rincón de los inmortales” cuando me surgió la idea de escribir algo relacionado con el ajedrez. Una idea no muy original pero bueno, una idea al fin y al cabo.

Siempre se ha dicho que el ajedrez es una batalla, una guerra entre dos ejércitos movidos por sus respectivos generales que, mediante el uso de sus capacidades intelectuales, deben ganar la partida. No hay azar en el ajedrez, y eso hace que me guste aún más. Cada movimiento es un paso dado hacia la meta y sobre él hay que seguir construyendo: dar marcha atrás no es una opción y cada error, cada duda, se paga. No hay que coger una carta que salve la partida ni lanzar un dado que tire todo lo conseguido por tierra. Sólo dos mentes, treinta y dos piezas y sesenta y cuatro escaques.

Con todo esto no pretendo ni mucho menos explicar qué es el ajedrez, paciente lector, simplemente ponerte en antecedentes. Y es que con esa idea del juego como guerra, se me ocurrió pensar en qué se pasaría por la mente de esas piezas, esos ejércitos, al verse dentro de la batalla. Qué sería del ajedrez si lo viésemos como un símil de las grandes acciones bélicas que han pasado a la historia: Waterloo, Lepanto, Las Árdenas... Pues eso mismo he intentado hacer en este pequeño volumen siguiendo las pautas de una partida de ajedrez.

Muy bien pero, ¿qué partida de ajedrez? Pues tras mucho pensarlo creí conveniente plantear una en la que todo pareciese estar en contra del protagonista al poco de comenzar la narración. Esto visto desde el punto de vista de un ajedrez muy rudimentario respondería a perder las mejores piezas nada más empezar la partida, lo que me llevó a estudiar posibles sacrificios, cuantos más osados mejor. Y, cómo no, el mejor en eso era Mijaíl Tal. Una vez elegido el jugador revisé varias partidas suyas y me decidí por una que jugó en 1961 con blancas contra Alexander Koblencs, su entrenador durante ese año –en el que “El mago de Riga”, que era el sobrenombre de Mijaíl Tal, se coronó campeón del mundo–. La particularidad de esta partida es que tenía todo lo que yo necesitaba: un sacrificio de reina arriesgado en el turno trece, un peón blanco muy interesante en la casilla e5 que sobreviviría hasta casi el final de la partida y, por supuesto, una estupenda victoria de Tal. Si tienes curiosidad, con poner en internet el nombre de los contendientes y el año encontrarás muchos análisis de la misma fácilmente.

Teniendo ya decidida la partida y dónde colocar a nuestro protagonista lo siguiente fue dar

rienda suelta a la imaginación, esto es, convertir piezas en unidades de guerra, analizar sus movimientos y transformar los escaques en un campo de batalla que diese sentido a dichos movimientos. Partiendo de la base de una contienda medieval, los peones mutaron en pelotones de piqueros, los caballos en unidades de exploración montada, los alfiles en arqueros y arqueros a caballo (indistintamente) y las torres en caballería pesada. La reina era más complicada pues necesitaba potencia y amplios movimientos, por lo que decidí que pasase a ser una unidad de arcabuceros a caballo. El rey se convertiría en la plana mayor de cada ejército, con sus generales bien guardados por su escolta personal. Así se justificaría el escaso movimiento de los mismos. En cuanto a la orografía, al ver que el peón de e5 se quedaba cada vez más aislado pero no era atacado por las fuerzas negras, la mejor excusa que se me ocurrió fue crear un escarpado cerro con un estrecho sendero de subida como solución al problema. A partir de ahí la improvisación y el buen o mal criterio llevaron el peso de la narración, mostrando en el relato los movimientos de los jugadores.

A continuación te dejaré una serie de imágenes de la partida con una breve explicación de lo que ocurre en la novela en cada una de ellas. Espero que hayas disfrutado con la lectura de esta historia tanto como yo al crearla y que te haya servido para conocerme como escritor. Te pediría que, si puedes y tienes un momento, dejes tu opinión de este libro en Amazon, ya que me ayudarás mucho a seguir adelante. Si quieres, puedes leer otros textos míos en mi página web [www.mrecheandia.es](http://www.mrecheandia.es), o seguirme en redes sociales en @MREcheandia. Y por supuesto siempre puedes escribirme un mail a [miguel@mrecheandia.es](mailto:miguel@mrecheandia.es). Estaré encantado de recibir tus impresiones.

Hasta la próxima,

Miguel Rodríguez Echeandía

## Anexo

### *Posiciones en el tablero*

*Posición inicial*  
*Turno doce*



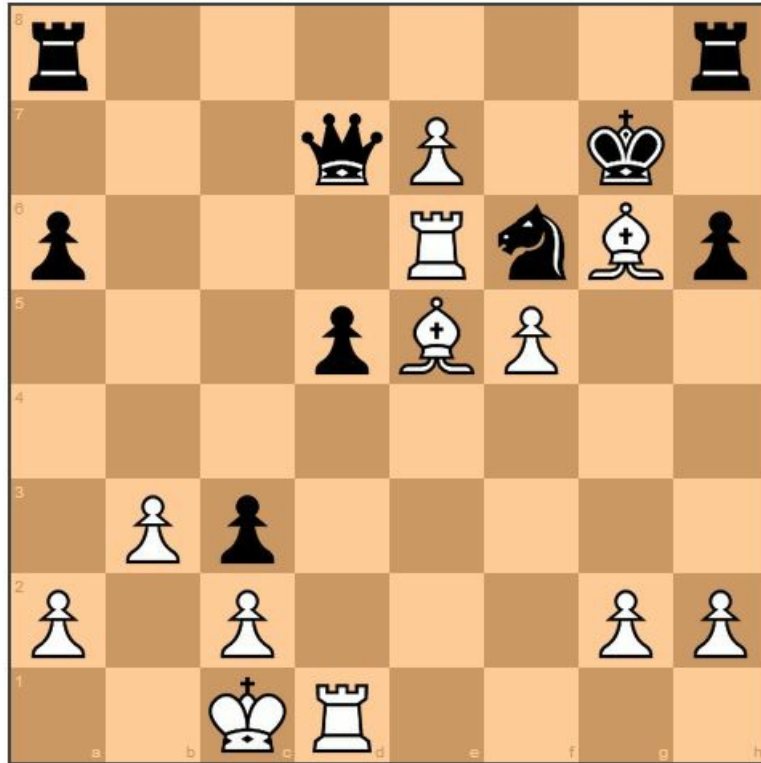
En esta imagen podemos ver la posición inicial de las piezas (turno doce), con el pelotón en el que se encuentra nuestro protagonista en e5 y la unidad de caballería ligera enemiga en f6. La ascensión al cerro estaría situada entre esas casillas, dejando el bosque entre las filas cuatro y cinco. Podemos ver también cómo el alfil amenaza a la reina, lo que en la novela supondrá la caída de los arcabuceros a caballo a manos de los arqueros negros.

*Posición en el capítulo cinco*  
*Turno quince*



Tras varios movimientos de ambos ejércitos y con el flanco cubierto por los arqueros a caballo (alfil de g6), el pelotón de nuestro protagonista recibe la orden de continuar su ascensión desde f6 hasta e7. Allí se encontrarán por sorpresa con los arqueros enemigos sufriendo múltiples bajas.

*Posición en el capítulo ocho  
Turno Veinticuatro*



Ya asentado en el altozano del cerro, el pelotón sigue inmutable en la casilla e7 amparado por una pared de roca que le sirve de protección. Pese a que la caballería pesada (e6) se le acerca para apoyar su posición, los arcabuceros montados del enemigo (la dama en d4) están a punto de destrozar toda opción de refuerzo dejando nuevamente solo a nuestro protagonista.

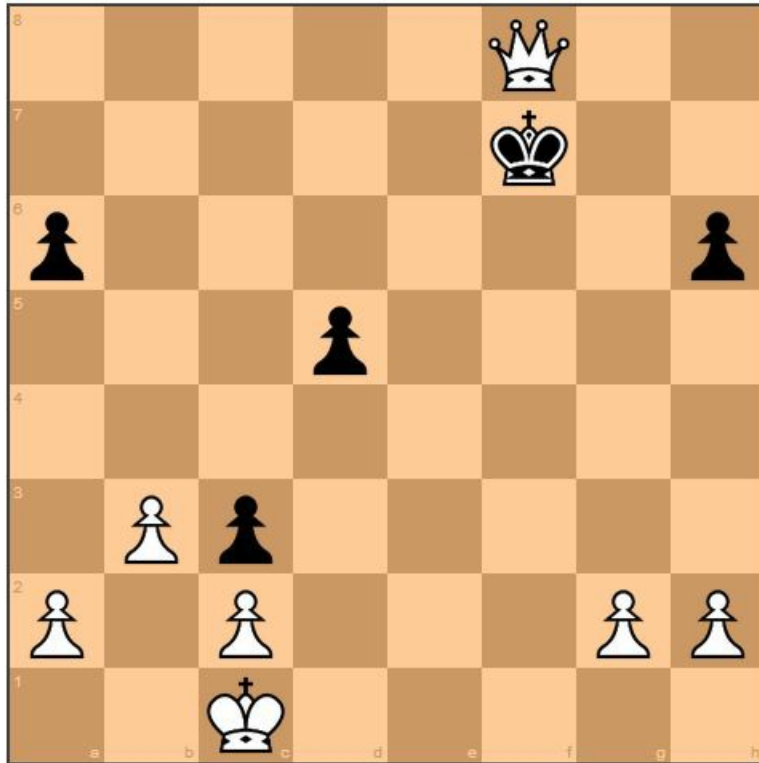
*Posición en el capítulo once*  
*Turno veintiocho*



Tras un toma y daca constante, solamente unos pocos hombres mantienen su posición en la explanada. Frente a ellos su caballería pesada acaba de ser arrollada por los jinetes rivales (f8) desanimando a toda la tropa. Ya sólo queda una unidad de infantería para salvaguardar su lugar en el campo de batalla y las fuerzas menguan al ponerse el sol después de todo un día batallando.



*Posición final*  
*Turno treinta y uno*



Perdida ya toda esperanza, nuestro soldado yace herido esperando el golpe de gracia que le envíe al otro mundo. Es en este momento cuando despierta y se pone al frente de sus piezas, que se encuentran situadas según la posición inicial del relato. En la partida real Koblencs se comió a la dama blanca con su rey, moviendo Tal el suyo a d1. Después de eso Koblencs no tuvo más remedio que retirarse ante la abrumadora ventaja que el mago de Riga había logrado cosechar gracias, entre otras cosas, a su sacrificio de dama en el turno trece.



## ¿QUIERES MÁS?

Compra Sentencia en el Tormes, la primera novela de Miguel Rodríguez Echeandía, en [Amazon](#), o descarga el primer capítulo gratis en su [web](#).

